

Cita por demás elocuente, cuyo sentimiento de culpa comparto plenamente. Margo Glantz, en su ensayo “Las hijas de la Malinche”, dice de Elena Poniatowska:

[...] el mismo sentimiento de culpa presente en Elena Garro y en Rosario Castellanos la inclina a abrazar “la causa” de los desvalidos, de quienes, como sus criadas, hablan el idioma inferior, el doméstico, y pertenecen a esa vasta capa social que conforma lo que ella llama “la espesura del reproche”.

Me inclino a subrayar esta afirmación, y quisiera agregar que no es, quizá, sólo la culpa lo que lleva a Elena a proteger, a ser la voz de los desvalidos, también se percibe en ella una cierta inseguridad (“la debilidad de mi carácter”), curiosa para mujer tan valiente, que la induce a admirar lo que ella considera su opuesto, a las mujeres fuertes, bravas, recias, como Jesusa Palancares, que no necesita de nada ni de nadie: “¡Qué padre vieja, Dios mío! No tiene a nadie en la vida, la única persona que la visita soy yo, y es capaz de mandarme al carajo”. O a las mujeres que no son dejadas, como las juchitecas:

Tienen las juchitecas un carácter y un temperamento muy recios, y a diferencia de otras regiones en que las mujeres se hacen chiquitas y lloran, en Jalisco, en el Bajío, en el D. F., no, ellas no, nada de abnegadas madrecitas mexicanas, anegadas en llanto, en el Istmo se imponen con los olanes blancos de su tocado, el tintinear de sus alhajas, el relámpago de oro en su sonrisa.

*Luz y luna, las lunitas* se centra en personajes, lugares, costumbres y mitos de distintas regiones de nuestro país, que nos son en parte ajenos. Pero nos dice mucho de la autora porque está salpicado de comentarios francos y espontáneos sobre sí misma y sus reacciones ante lo que observa. Y al toparnos con éstos y reflexionar sobre ellos, el libro también nos dice mucho de nosotros, lectoras y lectores.

Eva CRUZ YÁÑEZ

Federico PATÁN, *La ceremonia perfecta*. México, UNAM, Difusión Cultural, 1994.

Hace mucho, mucho tiempo, en un reino junto al mar, vivía una bellísima princesita, de piel blanca y cabello negro. Esta princesita vi-

vía esperando al príncipe que el destino le tenía prometido. Y aunque muchos venían a pedir su mano, ella los rechazaba, ya que el príncipe prometido tenía un bellissimo cabello rubio, unos bellisimos ojos claros y unas manos mágicas, con las cuales del aire creaba imágenes prodigiosas. Y un día la princesita se escapó de su castillo y corrió por el campo, pues tenía muchas ganas de libertad. Claro, luego iba a volver para que su padre, el rey, no se asustara. Y estando en el campo, vio a lo lejos a un caballero sentado a la sombra de un árbol, con el caballo muy cerquita de allí. Como la princesita era muy curiosa, se acercó al caballero, porque el caballero algo hacía con las manos. Cuando ya estaba muy cerquita vio que el caballero movía las manos en el aire, y que el espacio entre las dos manos se llenaba de figuras. Justo en aquel momento el caballero había creado un paisaje maravilloso y, en medio de aquel paisaje, ¿qué crees que había?, pues el retrato de la princesita. ¡Aquellas manos eran mágicas! La princesita se acercó todavía más y dijo: ¡Hola! Y entonces el príncipe levantó la cabeza, sonrió y dijo: ¡Hola!, y ¿qué crees?, tenía los ojos claros. ¿No querías quitarnos el morrión?, pidió la princesita. Ah, pues morrión es el casco que usan los caballeros. Entonces, el caballero se quitó el morrión y ¡el cabello era rubio! Feliz, la princesita invitó al caballero al castillo, y volvieron juntos, platicando de mil cosas. El rey y la reina no podían creer en tanta buena suerte. Al fin iban a poder tener nietos. Así, prepararon la boda más fastuosa que pudiera concebirse, y la princesa y el príncipe se casaron y creyeron que podían ser felices para siempre jamás.

¿Creyeron que podían ser felices? Entonces, ¿no lo fueron? ¿Qué no todos los cuentos de hadas terminan con: “Y vivieron felices para siempre”, como debería suceder después de la ceremonia perfecta del matrimonio? Ya desde su primera novela, *Último exilio* (1986), de donde tomo esta cita, Federico Patán nos introduce al mundo, a menudo asfixiante de las relaciones de pareja, que muy pocas veces logran alcanzar las expectativas propuestas por el mundo imaginario de la literatura.

En su novela más reciente, *La ceremonia perfecta*, el autor nos presenta, no sin malicia, las delicias de los primeros años de casados de una joven pareja urbana sin muchos sueños ni ilusiones. Ella, Viviana, perfecta amita de casa, dispuesta a servir cual debe al marido, Javier, vendedor que había deseado allá por su infancia ser médico. Como ya nos tiene acostumbrados, Federico Patán explora con profundidad asombrosa los sutiles matices que van marcando los cambios en una relación que, precisamente por ser mediana, se torna representativa de la posible tragedia de todo ser humano: la tragedia de llevar una vida vacía, sin chispa, sin ilusión o, peor aún, sin respeto propio y sin respeto mutuo.

Así, dentro de una trama que no parece tener mucha acción, pues sigue el ritmo agobiante de la rutina, la novela nos deja entrever las grandes preguntas que, en teoría, mueven a la humanidad: ¿qué es la felicidad?, ¿cómo se alcanza?, ¿dónde está el amor? Y tenemos entonces que estos temas se convierten en los parámetros invisibles que guían la vida en común de Javier y Viviana. Por desgracia, estos términos van adquiriendo un significado diferente para cada quien, un significado que varía según la capacidad individual de búsqueda y cuestionamiento, y que finalmente transforma un punto de encuentro en una vida de desencuentros.

Los diferentes niveles narrativos de *La ceremonia perfecta* hacen de ésta una novela que invita a la reflexión. Por un lado, tenemos la presentación de la rutina de la vida diaria, de los resortes que la impulsan y las columnas que la sostienen. Como en el resto de su narrativa, Federico Patán nos vuelve conscientes de la fragilidad de la rutina, pero, sobre todo, de los peligros que dicha rutina conlleva. Necesitamos la rutina, sí, pero también vivimos bajo la amenaza de que ésta nos informe y nos conforme al grado de convertirnos en seres grises y opacos. De aquí la imperiosa necesidad tanto de buscar y encontrar recursos interiores que la complementen como de ritualizar y mitificar los actos que conducen nuestra existencia.

En la segunda novela de Federico Patán, *Puertas antiguas*, Tomás Amado convierte intencionalmente las actividades cotidianas, como desayunar o tomar café, o las que hacemos por la fuerza de la costumbre, como comer cocos en la carretera a Acapulco, en ritos que le permiten revalorizar su pasado, al tiempo que le ayudan a enfrentar el futuro, de tal forma que el presente se torna digno de ser vivido. En *Último exilio*, en cambio, Eugenio se mitifica casi compulsivamente: su vida de pequeños y grandes fracasos encuentra entonces una trascendencia significativa, aun cuando el mundo que lo rodea no siempre lo comprenda.

En *La ceremonia perfecta*, los procesos de ritualización y mitificación se manifiestan en menor grado o de manera diferente y son reflejo, precisamente, del rumbo que toma el matrimonio de Viviana y Javier. La ritualización de Tomás Amado (así como su actividad literaria profesional) y la mitificación de Eugenio (resultado de su gusto por la lectura) son, creo yo, producto de un tiempo y un espacio que dan lugar a la reflexión y al conocimiento interior. En *La ceremonia perfecta*, la joven pareja ya pertenece a una generación sobre la cual los avances de la modernidad han, desgraciadamente, impuesto límites intelectuales y, quizás, morales. (Todo aquí, de paso y entre paréntesis, es un tema que subyace toda la obra literaria de Federico Patán: la nostalgia por un mundo perdido, por el México de los mercados y las matinés opuesto al México del súper y la tele, y en el que se ha perdido el contacto personal.)

*La ceremonia perfecta* empieza donde terminan los cuentos de hadas. Pero el autor les niega —como lo hace la vida misma— la fácil alternativa de vivir, simplemente, felices por siempre jamás. De hecho, ni siquiera gozan, de entrada, del elemento que une al príncipe y a la princesa del cuento narrado en *Último exilio*: el gusto de platicar de mil cosas. Tienen afinidades, pero éstas son superficiales y el tiempo y el trato diario las van haciendo desaparecer. Ése es, creo yo, uno de los logros de Federico Patán en esta novela: obligarnos a reflexionar sobre el engranaje interno de cada individuo, el engranaje que rige su relación y los engranajes que marcan su contacto con el mundo exterior.

Así, mientras que Viviana se rehúsa, quizás inconscientemente, a ser una mujercita gris (como la llamaría Tomás Amado), Javier carece, en general, de la más mínima tendencia a la introspección, que se refleja, de paso, en su incapacidad de percibir las sutilezas sociales y emocionales de su entorno. Si Viviana tiene como modelos de identificación —a pesar de su ambivalencia— a sus padres y a su amiga Brígida, Javier se mueve en un ambiente vacío y sin forma, cuyas ambiguas fronteras son los programas televisivos de suspenso, las películas de vaqueros y una que otra revista *Playboy*, cuya posesión, obviamente, él niega. Luego entonces, los engranajes que deberían ayudar a la funcionalidad de esta pareja comienzan a girar fuera de tiempo y en diferentes direcciones.

El detonante que desencadena lo que constituye, en sí, la trama de la novela, es la mudanza, después de tres años de casados, a un departamentito —cuyo único defecto es que tiene vista a la tubería de desagüe— que representa para ellos un pequeño ascenso social. Bueno, quizás el departamentito, situado en un barrio más elegante que el anterior, tenga otro pequeño defecto: trae incluido un portero milusos —personaje kafkiano de los que tanto gustan al autor— que será el catalizador de la tragedia.

A pesar de su aspecto desagradable y de su actitud casi repulsiva, Fulgencio, que así se llama el cuidador, tiene un efecto inmediato en la pareja que, desprevenida, no alcanza a dilucidar las redes que se tejen a su alrededor. Desde el momento en que lo conocen, con su voz rispida pero empalagosa, Fulgencio saca lo mejor y lo peor de los jóvenes y da inicio a una serie de pequeños episodios que marcan el fin de la relación y en los que reaccúa, con la sutileza narrativa típica de Federico Patán, el escenario profético y simbólico del programa de televisión, en las primeras páginas de la novela, durante el cual Viviana y Javier experimentan su primera separación espiritual. Al igual que en el programa, el ama de casa, siempre eficiente, se verá amenazada por un asesino silencioso que la ronda constantemente, pero a diferencia de la ficción, el marido no estará ahí para salvarla. Bien lo presagia Viviana: “Sólo en

estos programas todo sale bien finalmente”, a lo que Javier responde: “y yo no podría liarme a golpes con un asesino”.

A raíz de la mudanza, se hacen más evidentes las actitudes inherentes de los personajes, actitudes que siempre han estado presentes pero que en la ceguera de los primeros años de casados Viviana y Javier no habían alcanzado a percibir. En el caso de Javier, tras la aparente cortesía que se ganó al padre de Viviana, don Elías, se encuentra el machismo de muchos mexicanos que se manifiesta en una sexualidad ambigua y en una necesidad de aplastar gradualmente a la mujer que lo acompaña. Así, a pesar de la vulgaridad con que trata de exhibir en Acapulco, durante la luna de miel, la supuesta “liberalización” de su mujer (es decir, la playera con el letrero “son de verdad”), se rehúsa violentamente a aceptar la sexualidad de ésta. Y a partir de ahí encontramos los detalles tan sencillos con los que “fabricamos la felicidad o sus aproximaciones” (como dice el narrador), o con los que los destruimos (como nos muestra, sarcásticamente, la novela en su totalidad): los golpecitos en la sábana a manera de invitación; el cambio del sillón recién comprado y que Viviana había colocado en el estudio para leer; la orden de apagar la lámpara, precisamente para no dejarla leer; las críticas a Brígida y a los libros que ésta le da a Viviana, por ser potencialmente subversivos; la negativa de que Brígida asista a la fiestecita; y, ah sí, no podían faltar, los cacahuatitos, así como la miope amistad con Fulgencio mismo.

A todo esto Viviana responde con un análisis interior que, si no siempre está bien dirigido y en ocasiones establece parámetros (como lo hace con Brígida) que no corresponden a su muy personal realidad, sí le permite percibir la fragilidad de su situación. Tenemos entonces que la necesidad de mitificación como forma de escape por parte de Eugenio en *Último exilio*, se transforma en *La ceremonia perfecta* en un proceso de redefinición para Viviana. Y este proceso toma dos direcciones. Por un lado, la necesidad de inventar una realidad interna, escapista, que sigue los estándares de Brígida, la mujer de mundo, bien vestida, fuerte, muy atractiva y que lleva, al parecer, una vida sin preocupaciones, pero que, como nos lo deja saber, es también producto del sufrimiento, la frustración y el rechazo. No es gratuita, creo yo, la semejanza entre la vida de la prostituta Corinte, en *Último exilio*, y la de Brígida, aunque los finales difieran (aunque, ¿difieren, verdaderamente?).

Por otro lado, más cercana a la realidad cotidiana, la toma de conciencia de los ritos de los padres, don Elías y doña Soledad, quienes han logrado darle significado a los pequeños actos cotidianos, de tal forma que se convierten en el ejemplo vivo de una frasesita de Tomás Amado en *Puertas antiguas*: “Es en la relación constante donde surgen los lazos permanentes”. Así, a pesar de que don Elías y doña Soledad nos recuerdan constantemente a la relación del

autoritario don Pedro y la sumisa doña Olvidos en el cuento "El paseo", nos muestran también que son un modelo a seguir, dentro de ciertos límites establecidos por una sociedad bastante tradicional y, estamos conscientes, por una generación más antigua. Casi como revelaciones joycianas, los recuerdos de la vida familiar anterior a su matrimonio hacen que Viviana comprenda que su matrimonio se ha convertido en una ceremonia vacía. A la figura dominante y seca del padre, se contraponen un hombre capaz de mostrar ternura y consideración; a la figura sumisa de la madre, la de una mujer con vida propia que hace de sus actividades cotidianas ritos que la vuelven trascendental, poseedora de una sensibilidad intuitiva de las que ya escasean en el mundo moderno (como, simplemente, "su modo de acariciar la fruta, de entender los secretos de las verduras, de adivinarle la buena disposición a la carne"). Y de esta relación, marcada por jerarquías en apariencia disparejas, surge, ¡qué ironía!, el símbolo del matrimonio ¿perfecto?, que se complementa, en donde uno llena los huecos del otro y que, finalmente, es capaz de invertir los papeles tradicionales para mostrar solidaridad con la hija en crisis: un grito de guerra: "Pelea", dicho en susurro, por parte de la madre; un acto de ternura, muestra de su complicidad y entendimiento, por parte del padre.

*La ceremonia perfecta*, entonces, explora de manera magistral los resortes ocultos que conducen la vida cotidiana del individuo común y corriente. Con un realismo casi minimalista, que le sirve de urdimbre con hilos en apariencia monocromáticos, entreteje una intriga multicolor en la que la cotidianidad se torna pesadilla y los sueños penetran la realidad, al grado de que ésta pierde toda posibilidad de interpretación, no sólo para el lector, sino para los personajes mismos, que pierden, a su vez, la capacidad de dirigir sus propias vidas y caen en un universo kafkiano del que no pueden escapar. Un solo hecho rompe con el realismo minimalista, una acción ¿soñada, inventada, vivida? produce la ambigüedad que trastoca toda la narración y subvierte no sólo nuestra percepción de los personajes y nuestras expectativas narrativas sino que transforma al texto mismo, que pierde también sus límites genéricos y se transmuta en una quimera alucinante.

Nair María ANAYA FERREIRA

Margarita MANCILLA, *Karenina Express*. México, UNAM, Dirección de Literatura, 1995.

¿El libro es circular o laberinto? ¿Es uno solo, o bien, todos los libros? Y el autor ¿tiene voz propia o algo habla a través de ella (ella, en este caso, la escritora, o quizá la escritura)?